

FUNDAMENTOS SAPIENCIALES DE LA ECOLOGIA: OIKOS Y TEJNE EN LA PERSPECTIVA CLASICA Y CRISTIANA *

1. *El conflicto oikos-téjne en el mundo actual*

Trataremos de acercarnos a la concepción clásico-cristiana de *oikos* y *téjne*¹ a partir del planteo actual de la relación, tan problemática, de técnica y medio ambiente. Marcharemos, por tanto, en pos de la noción clásica, no sólo como quien busca en la antigüedad un par de términos epónimos, sino con la aspiración de hallar las formas modélicas que puedan inspirar la solución de una aguda crisis cultural. Esta crisis se caracteriza por la crispada relación establecida, en el mundo moderno, entre el desarrollo tecnológico y el ámbito vital del hombre, su entorno, su "casa".

Ante todo, es necesario observar que la técnica moderna no representa simplemente el último estadio de la *téjne*, como continuidad, en extensión e intensidad, del milenario esfuerzo del hombre por dominar a la naturaleza mediante el empleo de habilidades artesanales.

Hay en la técnica moderna algo de absolutamente peculiar, de cualitativamente diverso. Debemos subrayar, por tanto, para alcanzar su plena comprensión, el calificativo de *moderna*: la *téjne* ha cambiado de sentido. No se trata ya de un fenómeno más de nuestro mundo, sino que ahora el mundo moderno puede ser calificado como *mundo técnico*; técnica es también la cultura propia de la modernidad.

Esto significa que ideas de cuño técnico, formas de comportamiento determinadas por el pensamiento de dominio, abstracciones engendradas por el racionalismo planificador, han comenzado a invadir todas las dimensiones de la vida humana y a adueñarse de ellas; y no sólo en la organización social, también en el orden familiar y en el más íntimo de la vida privada, personal.

Transponiendo las fronteras que limitan su propio ámbito, la técnica se convierte en un fin, y en un fin fundamental que especifica cada vez más la actitud del hombre frente al mundo.

La complejidad siempre creciente de los procedimientos, el influjo que éstos ejercen sobre la vida de todos, las exigencias productivas, los problemas sociales propios de un desarrollo de este tipo, han llevado a la elaboración de una nueva disciplina. La *tecnología* es una "ciencia de la técnica", que procura aquilatar la naturaleza de los medios en juego y ofrece una guía para su aplicación.

* El presente artículo reproduce, con leves variantes, el texto de la conferencia pronunciada en la sesión de clausura del Simposio sobre "Tecnología alternativa y medio ambiente", realizado en Buenos Aires el 3 de agosto de 1982, organizado por Oikos, Asociación para la Promoción de los Estudios Territoriales y Ambientales.

¹ Preferimos transcribir así el término griego. Para permitir la pronunciación correcta, vertimos el sonido X (xi) en j, y evitamos otras transliteraciones que usan kh o ch.

En el orden del saber, el conocimiento tecnológico, fuente de dominio, producción y trabajo, intenta erigirse en cultura, en *paideía* de alcance universal y validez exclusiva; se corona incluso de veleidades sagradas, al ofrecer nuevos mitos de salvación.

La seriedad mortal de este problema aparece en todo su rigor si se considera que, mientras libera potencialidades insólitas para la realización del hombre, la técnica moderna crea tales condiciones de vida que, a la vez, impiden de hecho tal realización. Allí donde los medios técnicos permiten que el hombre cuente con más tiempo libre, por disminución de las horas de trabajo, se insinúa con su fuerza opresiva el Leviatán de la planificación, y el mundo totalitario del trabajo devora las posibilidades de auténtico ocio, de reposo sereno y creador. Descanso, vacación, ocio y fiesta, son apenas espasmódicos respiros en la continuidad de la tarea productiva, y están siempre en función de ella. Si las técnicas de comunicación, en todos los órdenes, abren nuevas fronteras a la difusión de los conocimientos y a la comunión de ideales, el peligro de nivelación de las conciencias y de manipulación de los espíritus por el uso de los "mass-media" ya constituyen una triste realidad, de la que, por otra parte, pocos advierten los terribles resultados.

La sociedad se va convirtiendo en máquina, se hace *sociedad técnica*, "Babel" organizada,² y el hombre, engranaje de una compleja estructura social en la cual se pierde, aliena su intimidad, su riqueza interior, para sujetarse a la idolatría de lo exterior, del número y la velocidad.

Por eso, se ha llegado a hablar del *demonio de la técnica*. Se alude con esta expresión a la autonomía, complejidad y gigantismo de medios convertidos en fines, situación en la que el hombre experimenta la sensación de ser violentado y como poseído por un poder extraño.

En lo que va del siglo, muchas voces se han elevado, no para manifestar hostilidad hacia las conquistas técnicas, sino para advertir la deformación que el vértigo del gigantismo técnico introduce en el ámbito de lo humano. *Heidegger*, en su conferencia de 1953 *Die Frage nach der Technik*, afirma que la técnica moderna surge de una exigencia que el hombre impone a la naturaleza, al modo de una provocación, por la cual le reclama la entrega de su energía acumulada. Esta *pro-vocación* se opone diametralmente al carácter *poiético* que adornaba a la *téjne* antigua: frustra la desvelación del ser de la naturaleza, más bien conduce a su ocultamiento. La violencia de la *pro-vocación* ignora por completo aquella humilde reverencia, transida de piedad, con la cual el hombre de la antigüedad se acercaba a la natura, para percibir el poder revelatorio de la *aletheia*.

2. El saber técnico y la sabiduría

Si buscamos el epónimo de la técnica actual en la *téjne* griega, debemos advertir que en la antigüedad se concebía lo que hoy llamamos técnica, ante todo como una forma de conocimiento.

² Cf. DUCHET, RENÉ, *Bilan de la civilisation technicienne*, Privat-Didier, París, 1955; TOURNIER, GILBERT, *Babel ou le vertige technique*, Fayard, París, 1955.

Aristóteles enumera la *téjne* (arte-técnica) junto a otras cuatro actividades por medio de las cuales el alma expresa la verdad: ciencia (episteme), prudencia (phrónesis), sabiduría (sophía), inteligencia (nous).³ Y subraya el carácter creativo, poiético, del hábito técnico, al definirlo: "disposición productiva acompañada de razón verdadera".⁴

Como se ve, la *téjne* griega implica a la vez conocimiento del universal y aplicación práctica. El sentido de la palabra no coincide exactamente con nuestro concepto de *arte*. Ambos términos tienden a significar la aplicación de un conocimiento, la práctica; pero *téjne* acentúa el aspecto del saber fundado y la capacidad —lo que para nosotros se relaciona más bien con el *oficio*— mientras que *arte* connota, en nuestro universo cultural la creación individual y libre de reglas, la inspiración subjetiva. *Téjne* posee en griego una extensión mucho más amplia que nuestro concepto de arte. Sugiere pensar en cualquier actividad profesional fundada en un saber especializado: no sólo en las "bellas artes", sino también, y con mayor razón, en la medicina, la estrategia o la navegación. Se trata, pues, de una actividad de orden práctico que no reposa sobre la mera rutina, sino sobre reglas generales y conocimientos seguros. Es una cierta *teoría*, no pura emipria o práctica, aunque dicha "teoría" de la *téjne* está siempre al servicio de una actividad y se distingue claramente de la pura ciencia.⁵

Pero lo decisivo para nuestro asunto es que, en la cultura antigua, el conocimiento propio de la técnica se articulaba armoniosamente con otros grados de saber. Por su carácter práctico ponía al hombre en contacto inmediato con la realidad mundana que debía transformar, pero era a su vez sustentado por otros niveles de conocimiento, que son los que otorgan al intelecto humano el encuentro ultimativo con la verdad.

La *ciencia* (episteme), con sus caracteres de incontrovertibilidad y certeza, alcanza las causas y principios de las cosas. Los griegos aplicaron este nombre, tanto a la doctrina de los primeros físicos que indagaron en la búsqueda del *arjé*, principio de toda realidad, como a la contemplación del ser propia de los filósofos de Elea; pero también consideraron ciencia al conocimiento de la esencia del hombre proporcionado por la doctrina socrática del alma (psyjé).

Pero por sobre todo reinaba la *sabiduría* (sophía) como saber supremo y cima en el orden del conocimiento: ciencia capaz de dar a conocer las razones supremas de las cosas. El nombre de sabiduría corresponde por excelencia a la metafísica, cuyo objeto es el ser inteligible en cuanto ser y sus primeros principios y que culmina en el conocimiento de la Causa de los seres. *Aristóteles* ha designado a su investigación metafísica como *teología*. La sabiduría metafísica proporciona el conocimiento de la realidad desde la altura de las causas supremas, y es, precisamente por ello, un saber más divino que humano.⁶ El sabio todo lo contempla, distingue y ordena desde la auténtica visión de lo

³ *Ethica Nicomachea*, VI, 3, 1139 b 17.

⁴ *Eth. Nic.*, VI, 4, 1140 a 10.20: héxis tis metá lógou aléthou póietiké.

⁵ Cf. W. JAEGER, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 514s.

⁶ *Metaphysica*, A, 2, 982 b 25 ss.

real. Su "Weltanschauung" reduce a la unidad todos los otros grados del saber, a los que la *sophía* confiere el más sólido fundamento.

La *paidéia* clásica brillaba por la olímpica armonía de todos los niveles del saber. Estos se articulaban de tal modo que el amplio espectro de la *praxis*, tanto la *téjne* (póiesis) como la *phrónesis* (moral) se ordenaba a la ocupación propia del sabio: la contemplación de la verdad. No sólo a la exactitud de la ciencia, sino a la *theoría*, a la visión frutiva a la que aspira, en definitiva, el espíritu humano y que es el privilegio bienaventurado del sabio.

El mundo de la cultura moderna, su pretendida paideia tecnológica, por lo contrario, han sido plasmados por un pensamiento de dominio y una voluntad de poder que tienen como punto de partida la negación de la sabiduría metafísica. La postulada prioridad de la *praxis* produce una fractura insanable entre el hombre —"homo faber", exiliado de su vocación contemplativa, teórica— y la naturaleza, consiguientemente degradada.

3. La "casa" del hombre y la concepción moderna de naturaleza

Oikos designa, ante todo, el ámbito inmediato de la vida del hombre, su casa. En este sentido, hallamos una primera y elemental correlación de los términos *oikos-téjne*. En categorías actuales, hablaríamos de arquitectura, o de urbanismo, para designar el conocimiento técnico y la actividad profesional que deben proveer a ese ámbito material-artificial que rodea al ser humano.

Pero, en realidad, para la cultura greco-latina, mencionar la "casa" (*oikos*, *domus*) del hombre, equivale a designar una realidad en cierto modo trascendente, social, perteneciente al orden natural de la vida humana: la *familia*. Podríamos decir que el edificio de la casa es la concreción simbólica de esa realidad espiritual en la cual el hombre nace, y de la que no se desprende, normalmente, sino para fundar otra.

También la *patria* merece ser llamada *oikos*. Más allá de los límites de la familia, la tierra de los antepasados —el origen común, el lenguaje, la tradición de las costumbres, todo lo que integra el bien común de un pueblo— constituye para el hombre suelo nutritivo, punto de referencia, atmósfera, amparo.

Finalmente, se justifica la extrapolación, evidente en el vocablo "ecología", por la cual se concibe como "casa" del hombre el ámbito natural de la creación, el mundo. Hablar de *ecología* (de *oikos* y *lógos*) implica, pues, pensar las relaciones del hombre con la naturaleza según aquella imagen doméstica: el hombre está en el mundo, en la naturaleza física, como en su casa.

El concepto de naturaleza (*physis*) es una de las nociones cardinales del pensamiento antiguo, pero para acercarnos al área semántica del término original, debemos eludir el habitual reduccionismo de las concepciones científicas.

Physis designa el principio originario e inmanente desde el cual se desarrolla el proceso del crecimiento de los seres del mundo. Alude al "nacimiento" de las cosas, como si la realidad, fuente de perenne estupor para quien la contempla, desbordara siempre a sus objetivaciones. La realidad total de la naturaleza se encuentra, a la vez, microcósmicamente, en cada uno de los seres natu-

rales. En éstos, su forma (*ousía*, esencia) es el principio intrínseco y esencial de movimiento, y se llama, por tanto, *physis*, como señala Aristóteles.⁷

A esta concepción de la naturaleza corresponde aquella búsqueda, congenial al espíritu griego, de la armonía entre el hombre y el mundo. El mundo es percibido como *kósmos*, orden de admirable belleza en el que se transparenta la verdad del ser y su fundamento divino. Precisamente, la especulación clásica, en cuanto física, desvelamiento de la realidad sensible, estaba animada de una intensa aspiración a religar al hombre con la naturaleza.

Como es fácil deducir, la costumbre contemporánea de mancillar y dilapidar la naturaleza no se apoya en la concepción clásica que hemos referido, sino en *la noción cartesiana de physis*.

Descartes ha sido el mentor de una total separación del hombre, como realidad pensante, respecto de la naturaleza, al postular el dualismo irreductible de substancia extensa (extensión inerte) y substancia pensante (actividad inextensa). Según él, la naturaleza sería producto de eventos casuales, encuentro de entidades que proceden, a su vez, de otros encuentros fortuitos, y no un *kósmos* de ordenada belleza. La materia es pasiva, inerte, y el hombre, mente aguda y árida, "matematiza" la naturaleza, incapaz de comprender la riqueza y peculiaridad de la vida, y se convierte en déspota de un súbdito impotente. Si el devenir de la *physis* es producto de la casualidad, el proceder del hombre tecnológico respecto a ella no se sujeta a barrera alguna, en su relación con las cosas no se halla coartado por ningún freno moral. Al romper sus relaciones vivientes con la natura, el hombre queda disminuido en su propio ser, exiliado del paraíso, y su auto-desarraigo lo impulsa a la aventura suicida de la tecnocracia.

Pretendiendo escapar de ese dualismo cartesiano, una tradición de inspiración *hegeliano-marxista*, parte de la idea de naturaleza concebida como negatividad. La *physis* existe sólo en potencia; el hombre está llamado a conferirle su ser auténtico, humanizándola, a través del arte, la ciencia, la tecnología. La naturaleza llegará a la existencia "in actu" cuando el hombre logre reconciliarla soberanamente consigo mismo, según su vocación, ya que nada escapa al poder del hombre y sus proyectos. Es éste el presupuesto de un *tecnomorfismo* que tiende a expresar el sentido de la divinidad del hombre y de su omnipotencia en relación con el mundo circundante. El sistema bio-ecológico debe concebirse únicamente en función del "homo faber": las leyes de la naturaleza se subordinan a las del hombre, y ambas, a las leyes superiores del proceso dialéctico de la historia. El marxista Gramsci, a través de Croce, se remite al historicismo de Giambattista Vico.

En cualquiera de sus dos vertientes, la cartesiana y la marxista, la cultura moderna programa la destrucción de la "casa del hombre, se hace responsable de su más impúdica violación. De jardinero que era otrora, "gentleman-farmer" del vergel original, el hombre se ha convertido en el pirata de la naturaleza.⁸

⁷ *Metaph.*, V, 4, 1014 b 16 ss.; 1015 a 12.

⁸ M. DE CORTE, *L'homme contre lui-même*, Nouv. Éd. Lat., París, 1962, p. 15.

Esta visión de las cosas, de incalculables consecuencias, se encuentra en las antípodas de aquella *reverencia por la naturaleza* que, lejos de ser veleidad de poeta romántico o resabio del pensamiento mítico, se encuentra en los grandes científicos de la modernidad. Galileo, Newton o Einstein consideraban a la *physis* creatura de Dios, expresión privilegiada y sede de la racionalidad divina, lugar de la máxima armonía.

Esa actitud reverencial se basa en la conciencia de que la naturaleza goza de una cierta autonomía e independencia respecto del hombre, y que no obtiene en él su consistencia. La natura es, de algún modo, un *prius* respecto del hombre, como un testigo de que nosotros no somos omnipotentes: si algo nace, se hace de sí; nosotros no estamos en condición de proyectarlo. La *physis* no es solamente algo para usar, sino una realidad para conocer y admirar, objeto primero de asombro para el "homo theoreticus". El auténtico dominio del hombre sobre la tierra, al cual está llamado por vocación divina,⁹ no es el que corresponde a un conquistador que sojuzga a un extraño, sino que consiste en la capacidad de conocer sus leyes y de emplearla sin vandalismo ni crueldad.¹⁰

4. *Fundamentos sapienciales de la ecología*

El racionalismo prometeico, fundamento de la cultura de la modernidad, busca a cualquier precio una eficiencia puramente material y cuantitativa, y procura extender a todos los pueblos la norma y las pautas de conducta de la sociedad opulenta. El racionalismo tecnológico, el eficientismo materialista, la voluntad obsesiva de poder, han provocado una profunda alteración de las relaciones del hombre con su *oikos*. El gigantismo, la complejidad infinita, el dispendio ilimitado y la violencia, caracterizan a la sociedad contemporánea, tanto en Oriente como en Occidente;¹¹ estos pseudo-valores seducen a los pueblos pobres y amenazan la mera supervivencia de la humanidad, como lo han advertido los espíritus más perspicaces de nuestro siglo.

Este momento crítico invita a replantear con nueva urgencia las relaciones entre *oikos* y *téjne*, en el marco de una visión realista y cristiana.

Nos parece oportuno destacar aquí la obra de un economista como E. F. Schumacher, quien propone partir del "Principio y Fundamento" de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. El hombre debe usar de los bienes de este mundo en orden a su salvación, y apartarse de ellos en la medida en que le impidan la consecución de ese fin. Por consiguiente, el universo de la organización técnica y de la producción debe redimensionarse según una escala humana, para que todos esos medios estén ordenados efectivamente al servicio del hombre, y éste pueda orientarse hacia su verdadero fin. "El futuro de la sociedad industrial, tecnológica, debe ser un futuro en que cada hombre, cada mujer, 'aun el más pequeño de mis hermanos', puedan ser *personas*, que se puedan ver a sí mismos y ser vistos por sus hijos como personales reales,

⁹ Gén., 1,26ss.; Salmo, 8,6-9.

¹⁰ Para todo este asunto, cf. O. TODISCO, "Premesse filosofiche dell'ecologia", en *L'Osservatore Romano*, 12 agosto 1981, p. 3.

¹¹ Para el caso de la URSS, cf. A. SOLZHENITSYN, "Rusia a la hora de Andropov", *La Nación*, 17.1.1983, p. 7; 18.1.1983, p. 9; 19.1.1983, p. 9.

no como engranajes en vastas máquinas o como material de relleno en procesos automatizados".¹² Para ello, el hombre debe redescubrirse como creatura, y no pretender los poderes del creador. Su dominio sobre el resto de las criaturas no es el de un animal superior, sino el que corresponde a un hijo de Dios, imagen suya; ha de usar de las cosas en la medida de lo necesario para alcanzar sus fines espirituales. En su aplicación de las diversas técnicas ha de partir de un conocimiento verdadero de la naturaleza, el que se inicia en el asombro ante el maravilloso fluir de la *physis*. La técnica (*téjne*) respaldada en la ciencia (*episteme*, *episteme-téjne*), y ésta en una visión comprehensiva de la realidad, coronada en la sabiduría (*sohpía*) metafísica y teológica.

Desde este punto de vista, a partir de la lógica tan simple y contundente del "Fundamento" ignaciano, las relaciones del hombre con la naturaleza aparecen radicalmente renovadas. A la tecnología se le abren nuevos caminos, una alternativa jalonada, según Schumacher, por cuatro valores: pequeñez, simplicidad, ahorro de recursos (*cheapness*), no-violencia. Cuatro valores para el retorno de la organización tecnológica y productiva a una escala humana, aplicación en el orden de la praxis de una concepción sapiencial del hombre y del mundo. "El lenguaje de la sabiduría espiritual puede ser ahora entendido también como el lenguaje de la cordura práctica, mostrando el camino de la supervivencia en este mundo tanto como el de la salvación en el próximo".¹³

Quisiera confirmar esta lúcida propuesta de un especialista —él la llama "a Christian view"— con dos citas de la más alta autoridad de la Iglesia.

Paulo VI, en el discurso pronunciado con ocasión del 25º aniversario de la FAO, el 16 de noviembre de 1970, reconocía cómo los progresos logrados en el mejoramiento de la fertilidad del suelo, la sistematización racional de la irrigación, el esfuerzo por la selección vegetal, etc., parecen realizar en nuestros días la antigua profecía del florecimiento del desierto. Pero al mismo tiempo constataba que la realización concreta de estas posibilidades técnicas va acompañada de repercusiones tan dañosas sobre el equilibrio de nuestro ambiente natural, y de tal agravamiento en las condiciones del "environnement", que amenaza llevarnos a una verdadera catástrofe ecológica. Y concluía el ilustre Pontífice: "Se impone un cambio radical en la conducta de la humanidad, si ésta quiere tener seguridad de que va a sobrevivir; no es cuestión ya de dominar tan sólo la naturaleza: hoy el hombre debe prepararse a 'dominar su mismo dominio' sobre la naturaleza, ya que los progresos científicos más extraordinarios, las proezas técnicas más prodigiosas, el crecimiento económico más espectacular, si no van unidos a un auténtico progreso social y moral, se revuelven, en definitiva, contra el hombre".¹⁴

El Papa *Juan Pablo II*, en su Encíclica "Redemptor hominis", del 4 de marzo de 1979, advierte sobre la condición dramática del hombre contemporáneo, que parece siempre amenazado por lo que produce, como si el poder recibido

¹² E. R. SCHUMACHER, *The Age of plenty. A Christian View*, The St. Andrew Press, Edinburgh, 1979, Trad. cast. en: *La técnica puesta a prueba*, Oikos, Bs. As., 1982. La cita está en la p. 56 de esta edición argentina.

¹³ *Op. cit.*, p. 58.

¹⁴ Cf. B. SORGE, "La crisis ecológica: un problema de conciencia y de cultura", *Criterio*, nº 1623 (8.7.1971) p. 429 ss.

en los orígenes de su historia se volviera catastróficamente contra él. Y agrega: "...la explotación de la tierra, del planeta sobre el cual vivimos, exige una planificación racional y honesta. Al mismo tiempo, tal explotación para fines no solamente industriales, sino también militares, el desarrollo de la técnica no controlado ni encuadrado en *un plan* a radio universal y *auténticamente humanístico*, llevan muchas veces consigo la amenaza del ambiente natural del hombre, lo enajenan en sus relaciones con la naturaleza y lo apartan de ella. El hombre parece, a veces, no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirven a los fines de un uso inmediato y de consumo. En cambio, era voluntad del Creador que el hombre se pusiera en contacto con la naturaleza como "dueño" y "custodio" inteligente y noble, y no como "explotador" y "destructor" sin ningún reparo... El sentido esencial de esta "realeza" y de este "dominio" del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en la *prioridad de la ética sobre la técnica*, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia" (nn. 15-16).

HÉCTOR AGUER

Informe N° 148